

EL CULTISMO LÉXICO EN LA LENGUA DE IGNACIO DE LOYOLA Y SU REFLEJO EN ORTEGA Y GASSET

M.^a JESÚS MANCHO
Universidad de Salamanca

I. INTRODUCCIÓN

1. Ignacio de Loyola, fundador de la *Compañía de Jesús*, fue un escritor fecundo, aunque no un estilista ni un literato vocacional. Sus anhelos espirituales, enraizados en la mentalidad de una sociedad expansiva, como la castellana del primer cuarto del siglo XVI¹, le impulsaron no sólo a proyectarse geográficamente² —en perfecto paralelismo con la proyección política coetánea—, sino también a utilizar un vehículo expresivo que por entonces se estaba fraguando como herramienta pacífica de un nuevo Imperio: el castellano.

En el manejo de este instrumento lingüístico no fue en modo alguno baladí su estancia en Arévalo³, en la Corte de los Reyes Católicos, en prometedor y despreocupada adolescencia. Aquellos años juveniles, anteriores a su conversión espiritual, fueron decisivos para modelar su personalidad y

¹ Los jalones biográficos de Ignacio de Loyola —Azpeitia, 1491; Roma, 1556— nos sitúan ante un período de tiempo que comprende el último decenio del s. XV y la 1.^a mitad del s. XVI, época caracterizada en Castilla por un expansionismo económico, cultural y social sin precedentes hasta entonces (Cf. J. A. MARAVALL, «La imagen de la sociedad expansiva en la conciencia castellana del s. XVI», *Estudios de historia del pensamiento español*, II, *La época del Renacimiento*, Madrid, Ed. Cultura Hispánica, 1984, pp. 271-315).

² Íñigo se denominaba a sí mismo el «Peregrino», en lo que seguía una tradición medieval y caballeresca, revitalizada con nuevos impulsos por la coincidencia del ideal conquistador de los descubrimientos coetáneos. Cf. M. MOLLAT DU JOURDIN: «Saint Ignace et les pèlerinages de son temps», en *Ignacio de Loyola y su tiempo, Actas del Congreso Internacional de Historia*, Bilbao, Mensajero, 1992, pp. 161-178. También la fundación de la Compañía experimentó una notable expansión territorial, pues en principio tuvo un carácter misionero muy marcado.

³ Sobre esta etapa, pueden verse P. RIBADENEYRA, *Vida de Ignacio de Loyola*, Madrid, Espasa Calpe, 3.^a ed., 1967; R. GARCÍA VILLOSLADA, *San Ignacio de Loyola. Nueva biografía*, Madrid, BAC, Maior, 1986; P. DUDON, *Saint Ignace de Loyola*, Paris, Beauchesne, 3.^a édit., 1934; C. DALMASES, *El Padre Maestro Ignacio*, Madrid, BAC, 1986. P. LETURIA, *El gentilhomme Íñigo López de Loyola en su patria y en su siglo*, 2.^a ed. Barcelona, Labor, 1949, P. LETURIA y otros, *Ignacio de Loyola en Castilla. Juventud-Formación-Espiritualidad*, Valladolid, Caja de Ahorros Popular de Valladolid y Provincia de Castilla de la Compañía de Jesús, 1989, L. FERNÁNDEZ MARTÍN, *Los años juveniles de Íñigo de Loyola. Su formación en Castilla*, Valladolid, Caja de Ahorros Popular, 1981.

su ideario lingüístico. Con posterioridad, tuvo ocasión de enriquecer su formación cortesano-caballeresca con el bagaje cultural, latino y retórico, adquirido durante su prolongada etapa —más de doce años— como estudiante universitario⁴, primero en Barcelona y Alcalá y luego más tarde y de modo más profundo y sistemático en París⁵.

Este castellano de base corresponde al que se ha denominado «español preclásico»⁶, propio de los estamentos altos y cultivados —nobleza cortesana y burguesía renacentista⁷, en la que se incluyen ricos comerciantes y personalidades de la administración, pero también intelectuales atraídos por los nuevos modos humanistas— entre los cuales Íñigo se formó, tras los ideales del perfecto caballero⁸, si bien más inclinado a las armas que a las letras⁹.

⁴ Últimamente se insiste en el hecho de la larga duración de la etapa universitaria y en sus repercusiones para la formación humanística, filosófica y teológica de Ignacio. Cf. R. GARCÍA MATEO, «Los estudios filosóficos de Ignacio de Loyola y su espiritualidad», *Manresa*, 62, 1990, pp. 73-86.

⁵ Para estas cuestiones pueden consultarse, entre otros, los trabajos de C. DALMASES, «Los estudios de S. Ignacio en Barcelona», *Archivum Historicum Societatis Iesu*, X, 1941, pp. 283-293 y V. LARRAÑAGA, «Los estudios superiores de S. Ignacio en París, Bolonia y Venecia», *Razón y fe*, 153, 1956, pp. 221-242. Un trabajo muy documentado sobre el ambiente universitario parisino por la época de la llegada de Ignacio lo proporcionan R. GARCÍA-VILLOSLADA, *La Universidad de París durante los estudios de Francisco de Vitoria, O.P. (1507-1522)*, Roma, Universidad Gregoriana, 1938, G. SCHURHAMMER, *Francis Xavier. His life, his times*, I. *Europe (1506-1541)*, Rome, The Jesuit Historical Institute, 1973, especialmente el capítulo «At the university of Paris (1525-1536)», pp. 77-273 y H. BERNARD-MAÎTRE, «Les fondateurs de la Compagnie de Jesus à Paris: 1525-1536», *Nouvelle revue théologique*, 72, 1950, pp. 810-833.

⁶ El español preclásico abarca desde fines del siglo XV hasta el primer cuarto del s. XVI. Véase al respecto, R. LAPESA, *Historia de la Lengua española*, Madrid, Gredos, 1980, p. 274. Asimismo, R. MENÉNDEZ PIDAL, «La lengua en tiempos de los Reyes Católicos. (Del retoricismo al humanismo)», *Cuadernos Hispanoamericanos*, 5, 1950, pp. 9-24; «El lenguaje del siglo XVI», en *La lengua de Cristóbal Colón*, Madrid, Espasa Calpe, 5ª ed., 1968, pp. 47-84. A partir del 2º cuarto del s. XVI, encontramos el español convertido en lengua de un imperio universal. Sobre estos aspectos cf. E. ASENSIO, «La lengua compañera del imperio. Historia de una idea de Nebrija en España y Portugal», *Revista de Filología Española*, XLIII, 1960, 399-413; también M. GARCÍA BLANCO, *La lengua española en la época de Carlos V*, Madrid, Escélicer, 1967 y M. MORREALE, *Castiglione y Boscán: el ideal cortesano en el Renacimiento español*, Madrid, Anejos del Boletín de la Real Academia Española, 1959.

⁷ «Por sus servicios al Contador Mayor del Reino [Juan Velázquez], durante unos doce años Íñigo conoció muy de cerca la burguesía renacentista» (R. GARCÍA MATEO, «San Ignacio de Loyola y el Humanismo», *Gregorianum*, 72, 1991, p. 268).

⁸ «La educación social que configuró todo su ser fue esmeradamente cortesana, según el ceremonial de los pajes y donceles de Castilla, que se preparaban para realizar en sí la imagen del perfecto caballero» (R. GARCÍA VILLOSLADA, *op. cit.*, p. 88). Cf. R. GARCÍA MATEO, «Ignacio de Loyola y el mundo caballeresco» en *Ignacio de Loyola, Magister Artium en París, 1528-1535*, edición dirigida por J. CARO BAROJA y preparada por A. BERISTAIN, San Sebastián, Kutxa de Guipúzcoa, 1991, pp. 293-302. La asunción de estos ideales caballerescos, de raíces literarias encarnadas en la vida real, y su transmutación a lo divino son desarrolladas con gran documentación y claridad por J. M. CACHO BLECUA, «Del gentilhomme mundano al caballero «a lo divino»: los ideales caballerescos de Ignacio de Loyola», en *Ignacio de Loyola y su tiempo*, pp. 129-159.

⁹ No he tenido ocasión de acceder al trabajo de G. EICKHOFF, «Ignacio de Loyola entre armas y letras. Los preceptos de lectura del humanismo castellano y los *Ejercicios Espirituales* como arte de leer», *Contribución al Simposio de Historia: «El País Vasco a finales del siglo XV: marco histórico y cuna de Íñigo de Loyola*, San Sebastián, 1-5 de octubre de 1990, en prensa.

2. Sobre la lengua de Ignacio de Loyola no existen demasiados trabajos enfocados desde una perspectiva filológica. El estudioso interesado por ella tropieza, de entrada, con afirmaciones reiteradas — hasta el punto de haber cristalizado en auténticos tópicos— sobre la ‘rudeza’ de su escritura y su escaso dominio del castellano¹⁰. Estas apreciaciones críticas suscitaron la aparición de vehementes defensas, basadas en la oposición entre «contenido» y «expresión», con la finalidad de primar el primero sobre la segunda y justificar, por esta vía, el ‘descuido’ de esta última.

Íntimamente conectado con estos juicios de valor, el influjo de la lengua vasca¹¹, para ciertos especialistas, explicaría determinadas características del estilo ignaciano, como, además de ciertos defectos e incorrecciones gramaticales, «el laconismo, ya señalado por Fray Luis de León, y la ininteligibilidad, apuntada por Gracián»¹².

La ocasión del 4.º Centenario de la muerte de Íñigo de Loyola en 1956, y la más reciente del 5.º aniversario de su nacimiento en 1991 han favorecido la aparición de una serie de estudios¹³, que han ido diluyendo la presunta influencia del vasco hasta hacerla imperceptible¹⁴, a la vez que reforzando el peso de su inserción lingüística castellana. Del mismo modo, se ha venido insistiendo en la impronta de su educación en los ideales cortesanos y caballerescos de la época, cuyas pautas de comportamiento y conducta, pero

¹⁰ Sirvan de ejemplo las siguientes afirmaciones del P. CODINA: «En todo aquel tiempo de hostilidades a nadie, que sepamos, le vino el pensamiento de disputar al pobre Íñigo la paternidad de un *librejo*, escrito en mal castellano, aunque impreso en latín de humanista» (*Los orígenes de los Ejercicios de San Ignacio*, Barcelona, Biblioteca Balmes, 1926, Prólogo, VIII).

¹¹ Cf. P. MÚGICA: «Reminiscencias de la lengua vasca en el *Diario* de San Ignacio», *Revista Internacional de Estudios vascos*, 27, 1936, 53 y ss. Últimamente parece que se moderan las afirmaciones, aunque la «teoría vasca» sigue presente, sobre todo en los investigadores ignacianos no especialistas en filología: «Je ne m'arrêterai pas non plus à l'aspect de la langue dans laquelle les *Exercices* sont écrits par Ignace. Il s'agit de l'espagnol pré-classique du début du seizième siècle, où il y a un certain nombre de caractéristiques que l'on retrouve fréquemment dans l'espagnol parlé ou écrit par des basques» (M. ROTSAERT, «L'originalité des Exercices spirituels d'Ignace de Loyola sur l'arrière-fond des nouveaux spirituels en Castille au début du seizième siècle», en *Ignacio de Loyola y su tiempo*, p. 330. El subrayado es mío).

¹² Cf. A. DE LEGARDA, «*Lo vizcaíno*» en la literatura castellana, San Sebastián, 1953, citado por G. DÍAZ PLAJA, en *El estilo de San Ignacio*, Barcelona, Noguer, 1956, p. 16.

¹³ Merecen citarse F. MALDONADO DE GUEVARA, *Lo fictivo y antifictivo en el pensamiento de Ignacio de Loyola y otros estudios*, Granada, Universidad, 1954; P. SOLÁ, «En torno al castellano de San Ignacio», *Razón y fe*, 153, 1956, pp. 243-274, quien nos ofrece una aproximación lingüística calificada por el propio autor como «Notas» preliminares para un estudio más detenido; G. DÍAZ PLAJA, *El estilo de San Ignacio*, donde se enfocan las Cartas ignacianas, para ceñirse al estudio de una de ellas, calificado como una modesta «cala». Un análisis más riguroso y específico es el de C. HERNÁNDEZ ALONSO, quien significativamente, sin embargo, lo titula: «Calas en la expresión escrita de Íñigo de Loyola», en J. CARO BAROJA y A. BERISTAIN (Eds.) *Op. cit.*, pp. 329-347. Véase igualmente R. GARCÍA MATEO, «Los “Ejercicios Espirituales” como hecho lingüístico. Consideraciones para un análisis semiótico del texto ignaciano», *Letras de Deusto*, 21, 1991, pp. 91-110.

¹⁴ Así, por ejemplo, C. HERNÁNDEZ se muestra tajante: «Todos los rasgos de la lengua escrita de Íñigo de Loyola se explican perfectamente conociendo el castellano de su época. En ningún caso hay que acudir a presuntos vasquismos para explicar ningún fenómeno» (*Art. cit.*, p. 344). Coincidimos en que la cuestión radica, efectivamente, en que hay que conocer bien la lengua castellana de este peculiar período de transición para comparar con ella la de Ignacio y establecer conclusiones.

también expresivas, fueron asumidas por Ignacio y más tarde trasmutadas «a lo divino»¹⁵.

Por otro lado, parece cada vez más evidente la importancia de su formación retórica y escolástica, iniciada ya en Barcelona y perfeccionada en la Universidad de París, donde realizó estudios desde 1528 hasta 1536 y donde obtuvo el grado de Magister Artium en 1535. Fue precisamente el modelo pedagógico de la Sorbona el que recomendó de modo privado a varios familiares y amigos y el que incorporó definitivamente a la *Ratio Studiorum* de los colegios de la Compañía¹⁶.

3. Centrándonos ya en las características de la lengua del primer jesuita —objeto de esta ponencia¹⁷—, la primera impresión que produce es la de conservadurismo. En otras palabras, el uso lingüístico de Ignacio parece no haber participado de la misma rapidez evolutiva que experimentó la norma general del español en aquellos años, sino al contrario, parece haber permanecido fuertemente anclado en los modos tradicionales —lo que hemos considerado español preclásico—, no sólo a causa del distanciamiento de la Corte y aun de España por parte del «Peregrino», sino, incluso, por el propio ideario ignaciano, poco proclive a unos cambios lingüísticos que él debía de considerar, sin duda, como una mera moda.

Se percibe, por tanto, un leve sabor arcaizante en el estilo ignaciano, asentado en buena medida sobre la base de los libros de caballerías, lectura obligada de las clases burguesas y altas de la sociedad de su tiempo¹⁸, como nos muestra la actitud de la joven Teresa de Ahumada, futura Teresa de Jesús, voraz lectora de estas mismas obras literarias pocos años más tarde. Sobre estos fundamentos lingüísticos, aceptados y asimilados por Ignacio de Loyola antes de 1528, fecha en la que abandonó España, cuando el español comenzaba a establecer con fuerza las rasgos clásicos que lo convirtieron en lengua universal, se superpondrá la impronta del registro retórico y esco-

¹⁵ «En el fondo de su «forma de ser y comportarse subyace una concepción del hombre y del mundo con altos contenidos religiosos-estéticos y ético-jurídicos que en su conversión no solamente no fueron anulados —la gracia no destruye la naturaleza—, sino que se perfeccionaron «a lo divino» (R. GARCÍA MATEO, «La formación cortesano-caballeresca de Ignacio de Loyola y su espiritualidad», en P. DE LETURIA, y otros, *Ignacio de Loyola en Castilla*, p. 113. «La hagiografía y la materia caballeresca se interrelacionaron mutuamente, de la misma manera que Ignacio de Loyola se transformó de gentilhombre cortesano, ferviente lector de libros de caballerías, en caballero «a lo divino». Como muchos hombres de su época, vivió intensamente lo leído, de la misma manera que los ideales caballerescos juveniles arraigaron de tal modo en su personalidad, que persisten de una manera u otra a lo largo de su existencia, como reflejan sus escritos. La literatura de la época no explica totalmente la «mutación» y la evolución posterior del fundador de la Compañía, pero tampoco sería comprensible sin unos modelos literarios, a veces claramente imitados» (J. M. CACHO BLECUA, *art. cit.*, pp. 157-158).

¹⁶ Cf. G. CODINA MIR, *Aux sources de la pédagogie des Jésuites: Le 'Modus Parisiensis'*, Roma, 1968. En este ambiente intelectual, aunque compartió la admiración de los humanistas por los autores patrísticos, se decantó por la precisión y el rigor metodológicos de la teología escolástica.

¹⁷ Este trabajo se presentó en el 3.^{er} Congreso Internacional de Hispanistas Asiáticos, celebrado en Tokyo, del 8 al 10 de enero de 1993. Su extensión impidió ser incluido en las *Actas*.

¹⁸ Cf. J. M. CACHO BLECUA, *art. cit.* y C. HERNÁNDEZ, *art. cit.*, p. 330, etc.

lástico propio de su formación universitaria, utilizado como instrumento técnico para lograr una mayor eficacia espiritual.

4. Si con respecto a su lengua se han insinuado algunas líneas de penetración¹⁹, en relación al hecho concreto del léxico sólo contamos con algunos análisis interpretativos llevados a cabo desde un punto de vista predominantemente religioso, teológico, etc²⁰. No obstante, la importancia de la figura de Ignacio de Loyola, la particular circunstancia histórica que le tocó vivir, el influjo de su obra, especialmente los *Exercicios*, junto a la peculiaridad de su estilo hacen del estudio de sus modalidades expresivas una tarea, a la par que ineludible, extraordinariamente interesante y atractiva para un filólogo.

Por otro lado, es preciso tener en cuenta las repercusiones, no sólo religiosas, sino culturales y educativas, que la Compañía de Jesús supuso en sucesivas generaciones de jóvenes españoles y europeos. No hay que olvidar que Ignacio de Loyola «imprimió a su fundación los rasgos de una Institución Enseñante... La Compañía —a juicio de algunos especialistas— experimentó una mutación interna, y de una corporación esencialmente misionera (como fue el pensamiento inicial de Loyola), pasó a asumir el «apostolado pedagógico», de suerte que la enseñanza adquirió su propia autonomía, y se codeó con otros ministerios apostólicos, convirtiéndose si no en la más importante, sí en la más destacada de las tareas dominantes de la Orden ignaciana»²¹. El posible influjo que la lengua y el estilo ignacianos ejercieron en diferentes escritores formados en colegios de la Compañía está todavía sin desbrozar. En esta ponencia entresacaremos algún hilo de esta profunda e inexplorada trama que nos va a conducir al estilo de uno de los autores más relevantes del ensayismo hispano del siglo XX: Ortega y Gasset.

II. *Análisis de algunos rasgos del léxico ignaciano*

Una aproximación a sus escritos, particularmente a los *Exercicios Espirituales*, permite esbozar ciertas notas caracterizadoras de su vocabulario²²:

¹⁹ Cf. especialmente el *art. cit.* de C. HERNÁNDEZ.

²⁰ En la mayoría de los análisis prima una finalidad espiritual, teológica, etc. Pueden verse a este respecto J. CALVERAS, «Tecnismos explanados», *Manresa* I, 1925, pp. 25-42; 118-128; 307-320; II, 1926, pp. 21-34; 119-132; 201-215; 322-332; III, 1927, pp. 12-29; 112-129; V, 1929, pp. 124-141; VI, 1930, 195-201; 303-313; VII, 1931, 3-10; 193-205; 289-303; VIII, 1932, pp. 289-300; H. PINARD DE LA BOULLAYE, «*Sentir, sentimiento, sentido dans le style de Saint Ignace*», *AHSI*, 25, 1956, pp. 416-430; I. IPARRAGUIRRE, *Vocabulario de los Ejercicios espirituales. Ensayo de hermenéutica ignaciana*, Roma, Centrum Ignatianum Spiritualitatis, 2ª edición, 1978, y más recientemente, con un carácter ya más lingüístico y filológico, F. DELGADO, «Rey tan liberal y humano», *Manresa* 60, 1988, pp. 83-87.

²¹ R. OLAECHEA, «Historiografía ignaciana del siglo XVIII», en *Ignacio de Loyola y su tiempo*, pp. 61-62.

²² Una primera caracterización la ofrezco en «Rasgos caracterizadores del léxico de los “Ejercicios Espirituales” de Ignacio de Loyola», *Actas do XIX Congreso Internacional de Lingüística e Filoloxía Románicas*, Santiago de Compostela, 4-9 de septiembre de 1989, La Coruña, Fundación «Pedro Barrié de la Maza, conde Fenosa», 1992, pp. 685-704.

1. A pesar del mencionado laconismo del estilo ignaciano, se observa una tendencia muy acusada al desdoblamiento de los términos²³. Tal procedimiento retórico, que conduce a la creación de parejas de vocablos, normalmente sinónimos, estructurados frecuentemente de forma paralelística, es rasgo tipificador de la *amplificatio verborum* y del estilo ciceroniano, potenciado por las obras de San Ildefonso y de San Isidoro, traducidas en el siglo XV y continuadoras en la práctica de esta clave formal teórica. Ya M. Pidal²⁴ señaló el uso de los dobles sinónimos como característica seguida indefectiblemente por los prosistas cultos del siglo XVI²⁵. Ignacio de Loyola, quien, sin duda, se inscribe en este grupo de escritores, utiliza muy frecuentemente estas estructuras léxicas binarias. En los *Ejercicios* abundan las parejas de sinónimos²⁶, en sentido lato, con lo cual el semantismo básico es estático: 172²⁷: «Toda vocación divina es siempre *pura y limpia*»; 172: «por ser elección *desordenada y oblica*», 173: «si alguno ha hecho elección *debida y ordenadamente*». Sólo de vez en cuando aparecen matices significativos levemente intensificadores en el segundo elemento, con lo que se logra un cierto dinamismo semántico, aunque muy tenue 174: «*Servicio y alabanza* de Dios nuestro Señor»; «quien tubiere deseo que dél salgan frutos *notables y muy apacibles* a Dios nuestro Señor»; 176: «cuando se toma asaz *claridad y cognoscimiento*»; etc. El resultado obtenido con la aplicación de este principio retórico es una morosidad y lentitud del cursus, puesto que el pensamiento no avanza hacia nuevos significados, sino que más bien se remansa y demora. Cuando la reduplicación afecta a lexemas verbales, conduce a la ampliación del período: 164: «Aprovecha mucho *considerar y advertir* en las siguientes tres maneras de humildad»; 175: «el primer tiempo es cuando Dios nuestro Señor así *mueve y atrae* la voluntad...»; 182: «Después que así he *discurrido y raciocinado* a todas partes sobre la cosa propósita...». Finalmente, cuando el esquema bimembre repercute en oraciones, desemboca en el paralelismo de cláusulas correspondientes: 180: «pedir a Dios... quiera... poner en mi ánima lo que debo hacer acerca de la cosa propósita..., *discurriendo bien y fielmente con mi entendimiento y eligiendo conforme su sanctíssima y beneplácita voluntad*».

²³ Característica juzgada fundamental también por C. HERNÁNDEZ, quien se refiere explícitamente a la «constante y machacona *duplicación* de términos» (*Art. cit.*, p. 332), que considera consecuencia de su formación filosófica y del deseo de aclarar ideas, conceptos, argumentos, etc.

²⁴ R. M. PIDAL, «El lenguaje del siglo XVI», *op. cit.*, p. 67. En la misma línea se manifiesta R. LAPESA, *Historia de la Lengua Española*⁹, p. 306.

²⁵ Cf. J. DE SAN JOSÉ LERA, «Un recurso clásico en la prosa de fray Luis de León: las parejas de sinónimos en la *Exposición del Libro de Job*», en M. GARCÍA MARTÍN (ed.), *Estado actual de los estudios sobre el Siglo de Oro*, T. II, Salamanca, Ed. Universidad, 1993, pp. 913-922.

²⁶ Una presentación de este fenómeno, así como una clasificación de las diferentes modalidades que adopta en los *Ejercicios*, nos la ofrece J. L. PUHL, «Pairs of words in the Spiritual Exercises», *Woodstock Letters*, 81, 1952, pp. 29-36.

²⁷ Para las referencias a los *Ejercicios*, nos basamos en la edición de J. CALVERAS y C. DE DALMASES, *Sancti Ignatii de Loyola, Exercitia Spiritualia*, Roma, Institutum Historicum Societatis Iesu, 1969, Monumenta Historica Societatis Iesu, n° 100.

Junto a estas modalidades de sinonimia no es infrecuente el enfrentamiento de parejas de significado opuesto: 166: «No quiero ni me afecto más a tener *riqueza* que *pobreza*, a querer *honor* que *deshonor*, a desear vida *larga* que *corta*; 179: «de manera que no esté más inclinado ni afectado a *tomar* la cosa propuesta que a *dexarla*, ni más a *dexarla* que a *tomarla*», etc. Tales contraposiciones ponen en evidencia la estructura simétrica de base de las oraciones, que no es sino un reflejo de la bipolaridad latente de los *Ejercicios*, que se hace patente en el trascendental tema de la «Elección», el cual para algunos especialistas es el más importante y el que vertebraba la estructura del programático cuadernillo Ignaciano²⁸.

2. Pero tal vez el rasgo más sobresaliente del vocabulario ignaciano sea el de la preferencia marcada por las voces cultas, preferentemente latinismos. El léxico utilizado en los *Ejercicios* podría ser tildado, sin caer en exageración alguna, de cultista, debido a esta potente injerencia de influjo latino. Este fenómeno se manifiesta tanto en los niveles gráfico y morfológico como en el de selección léxica.

a) Por lo que respecta al primero, la representación gráfica es decididamente latinizante²⁹. Abundan los calcos de grafías latinas: *phariseo*, *cáthedra*, *parenthesis*, etc., con numerosas geminaciones consonánticas: *peccador*, *addition*, *affectarse*, *ancilla*, *commodo*, *opperaciones*, *compassión*, así como la conservación de grupos cultos de consonantes en posición silábica implosiva: *baptizar*³⁰, *coniecturar*, *reflectir*, *augmentar*³¹, *condemnado*, *prompta*, *distinto*, *punctos*, etc.³², lo que sitúa al uso ignaciano en una posición lingüística

²⁸ «Ce qui fait que les *Exercices Spirituels* se distinguent tellement des autres livres de prière et de vie spirituelle de l'époque est le rôle de l'élection. L'élection est comme le coeur même qui structure l'expérience des *Exercices*. Ce qui unifie tous les divers éléments des *Exercices* est une pédagogie du meilleur choix» (M. ROTSAERT, «L'originalité des exercices spirituels d'Ignace de Loyola sur l'arrière fond des renouveaux spirituels en Castille au début du seizième siècle», *Ignacio de Loyola y su tiempo*, p. 331. En la elección se ofrecen enfrentados los dos polos de una alternativa al examen discernidor del ejercitante sumido en la duda, para que éste opte por uno de ellos, como he tenido ocasión de comprobar en «Cultismos relativos a la "Elección" en los *Ejercicios Espirituales*», *Actas del II Congreso Internacional de Historia de la Lengua Española*, T. I. Madrid, 1992, pp. 1.151-1.159. También R. GARCÍA MATEO subraya que «el conflicto bipolar está en la entraña temática y estructural de los *Ejercicios*» («La "Societas Jesu" y el contexto sociopolítico del s. XVI», *Ignacio de Loyola y su tiempo*, p. 546).

²⁹ Más ejemplos: *humiliar*, *hymno*, *traher*, *psalmo*, *sciencia*, *scriptura*, *spacio*, *mixtion*, *prosequion*, *ylluminación*, etc.

³⁰ Cf., a este respecto, las siguientes afirmaciones de GONZALO CORREAS, un siglo después: «La p se usa en Latín y Griego antes de otra consonante, i no lo sufre nuestra lengua, i ansi *conceptus* i *mentecaptus*, *asumptio*, i *Ptolomeo* se Rromanizan sin ella: *conceto*, *mentecato*... Mas porque la xente de letras los usa enteros *apto*... como en Latín, se pueden saber estas sílabas *pta*, *pte*...» (*Arte de la lengua española castellana*, Ed. y prólogo de E. ALARCOS GARCÍA, Madrid, CSIC, 1954, p. 94).

³¹ Cf. las opiniones de GONZALO CORREAS sobre los grupos *gm* y *gn*: «Mucho melindre parece escribir *digno*, *enigma*, i aun *magno* contra el uso de nuestra lengua, como lo sería escribir *maligno*. Dexo à personas de autoridad que en sus rrazonamientos entre xente de letras, ò en sermones, pronunzien como les conviniera, mas escribir ansi en libros de Romance no se debe» (*Ibidem*, p. 93).

³² El Maestro CORREAS aconsejaba, si «se prepciare alguno más Latinizar el Romanze que de usarle puro y fázil por mostrar que a estudiado, deprenda... estas [sílabas] Latinas axenas i duras: *abs*, *ebs*, *ibs*, *obs*, *ubs*, *ans*, *ens*, *ins*, *ars*, *ers*, *irs*, *ors*, *urs*, i quantas mas quisiere combi-

relacionada más bien con las corrientes de finales del s. XV o con la norma de Nebrija, que con la sencillez preconizada por Valdés y triunfante en el siguiente siglo³³.

b) En lo que se refiere a la estructura de las palabras, es clara la inclinación hacia morfemas de ascendencia latina, de gran rentabilidad en registros técnicos, filosóficos o teológicos, como, por ejemplo, el sufijo *-ción*, creador de sustantivos abstractos, —que mantiene su eficacia lexicogenésica en los niveles cultos del español actual, en buena medida por presión de inglés—, del que hemos contabilizado en los *Ejercicios* nada menos que 102 sustantivos³⁴, frente a 13 en *-miento*, morfema más popular³⁵. Lo mismo cabría decir de los 33 sustantivos formado a partir de los sufijos *-ancia*, *-encia*³⁶, en relación con los 6 creados con el tradicional *-ança*³⁷.

Hemos podido comprobar que entre estos vocablos derivados predominan los pertenecientes a la 1.^a mitad del s. XVI y otros documentados en los prosistas cultos del XV, especialmente en su 2.^a parte: Valera, Arévalo, A. de Palencia, Villena, Mena, etc., lo que constituye un claro indicio del marco lingüístico en el que se inscribe el primer jesuita.

nar i usar, i pondrá en grillos i cadenas la Lengua Castellana, i nunca sabra escribirla, ni distinguir el Latín del Romance» (G. CORREAS, *Op. cit.*, p. 94). Y concluía: «Basten estos advertimientos para aviso que se vaian à la mano los imitadores del Latín, i no mezclen en el Castellano letras que son axenas de nuestra pronunciación... Los istoriadores i curiosos que escriven libros deven tener esta advertencia de rreducir al modo Castellano los nombres i palavras de las lenguas dotrinales Latina, Griega, i Hebrea» (*Ibidem*, p. 95).

³³ Para estos problemas, enfocados en el marco de la sílaba, puede consultarse, M. MAQUIEIRA RODRÍGUEZ, «La sílaba en la teoría gramatical del S. XVI», *Estudios Humanísticos. Filología*, 7, 1985, pp. 99-123, y especialmente para los grupos de consonantes interiores pp. 120-123.

³⁴ Como, por ejemplo, *affection*, *agitación*, *anotación*, *annuntiation*, *aparición*, *ascensión*, *atención*, *bocación*, *consideración*, *consolación*, *consolación*, *constitución*, *contrición*, *conversación*, *conversión*, *corrupción*, *creación*, *declaración*, *delectación*, *deliberación*, *desolación*, etc. Cf. SEPPA A. TEINONEM, *Concordancias de los Ejercicios Espirituales de San Ignacio de Loyola*, Helsinki, Suomalainen Tiedekatemia, 1981. Para el estudio del léxico de los *Ejercicios* nos hemos servido de las *Concordancias de los Ejercicios Espirituales de San Ignacio de Loyola* realizadas, con procedimientos informáticos, por CRISTINA CARMINATI, *Gircse*, Università Cattolica del Sacro Cuore, Milano, bajo el control del Dr. PAOLO BRANCA.

³⁵ Así hemos reseñado: 1. *aborrescimiento*, 2. *acatamiento*, 3. *advenimiento*, 4. *apartamiento*, 5. *casamiento*, 6. *cognoscimiento*, 7. *consentimiento*. 8. *entendimiento*, 9. *impedimento*, 10. *llamamiento*, 11. *mandamiento*, 11. *nacimiento*, 12. *pensamiento*, 13. *sentimiento*.

³⁶ 1. *abstinencia*, *apariencia*, 3. *absencia/ausencia*, 4. *consciencia*, *consequencia*, 6. *continenencia*, *diligencia*, 9. *essencia*, 10. *experientia*, 11. *ignorancia*. 12. *indulgencia*, 13. *infidencia*, 16. *negligencia*, 17. *obediencia*, 18. *omnipotencia*, 19. *paciencia*, 20. *penitencia*, 21. *potencia*, 22. *presencia/presentia*, 23. *prudencia*, 24. *reminiscencia*, 25. *repugnancia*, 26. *reberencia*, 27. *sapiencia*, 28. *sciencia/sciència*, 29. *sentencia*, 30. *temperancia*, 31. *vigilancia* y 32. *ynorancia*, de los que destacan como cultismos acusados: *infidencia*, *sapiencia* y *temperancia*. A este respecto y por contrastar actitudes opuestas, recogemos unas apreciaciones de M. MORREALE sobre Boscán ante estos mismos sufijos: «Así hallamos en el glosario negativo tantas palabras en *-cia*, *-cio* y *-ción*, que, sin embargo, no entresacamos aquí porque es todo su molde lo que lo aleja a Boscán, y no unas terminaciones que le serían demasiado familiares a nuestro autor para causarle vacilación» [*Castiglione y Boscán*, p. 79] Lo que no quita para que Boscán acepte *templanza* y *temperancia*, ejemplo de doblete culto y popular.

³⁷ 1. *alabança / alabanza*, 2. *bienaventurança*, 3. *esperanza*, 4. *mudanza*, 5. *perdonanza*, 6. *venganza*.

c) Por último, en lo que toca a la elección léxica, Ignacio se decanta netamente por las voces de origen latino, de las que vamos a extraer algunos ejemplos según las distintas categorías gramaticales. En los *Exercicios* se hallan verbos tales como *coniectar*³⁸, *diminuir*³⁹, *dubitar*⁴⁰, *laudar*⁴¹, *quietar*⁴², *raciocinar*⁴³, *reflectir*⁴⁴, etc. Igualmente, es típico el uso de participios fuertes latinos, muchos de ellos esdrújulos, en lugar de los más normales romances, como *acepto*⁴⁵, *inclusas*⁴⁶, *intento*⁴⁷, *opósito*⁴⁸, *propósita*⁴⁹, *requisita*⁵⁰, etc. Dentro de la clase nominal se encuentran sustantivos que constituyen un claro exponente de esta tendencia: *ancilla*⁵¹, *cáthedra*⁵², *defen-*

³⁸ Aparece sólo en una ocasión: 229: «En cuanto el ánima piensa o *coniecta* que la puede ayudar». Este término no se halla recogido en J. COROMINAS y J. A. PASCUAL, *Diccionario Crítico Etimológico Castellano e Hispánico*, Madrid, Gredos, 1980-91 [a partir de ahora citado como *DECH*], en el que sí aparece documentado *conjeturar* en A. de Palencia, verbo también presente en los *Exercicios*, bajo la forma *coniecturar*, que alterna con *coniectar*.

³⁹ Más próximo al latino DEMINUERE. En los *Exercicios* se hace un uso reflexivo: 58: «Mirar quién soy yo, *diminuyéndome* por exemplos»; 344: «quanto más se cercenare y *diminuyere*».

⁴⁰ 175: «Así mueve y atrahe la voluntad, que, sin *dubitar* ny poder *dubitar*...». Este término no está recogido en el *DECH*, aunque sí *dubitación*, subrayando su adscripción al estilo eclesiástico o escolástico.

⁴¹ «Tornaron los pastores glorificando y *laudando* al Señor» (265). El término *laudar* es rechazado por Boscán en su traducción del *Cortesano* de Castiglione, cuya 1.^a ed. se publicó en 1534. Luego, en 1539, 1540, etc. Véase M. MORREALE, *Castiglione y Boscán*, pp. 12 y 41.

⁴² «A la propia salud de su ánima, *quietándola* y pacificándola en su Criador y Señor» (316); «Procure solidarse en el medio para en todo *quietarse*» (350).

⁴³ Cultismo registrado en tres casos: 2: «Discurriendo y *raciocinando* por sí mismo». En los dos siguientes está inserto en el campo de la elección: 181: «Considerar, *raçioçinando*, cuántos cómodos o provechos se me siguen»; 182: «Después que así he discurrido y *raciocinado* a todas partes sobre la cosa propósita». En el *DECH* aparece sin documentarse, señalando su origen latino tardío.

⁴⁴ Aparece tanto *reflectir* como *refletir*, en 13 ejemplos recurrentes: «*Refletir* para sacar provecho de la tal vista» (106); «*refletir* después, para sacar provecho de sus palabras» (107); «*reflectir* para sacar provecho de cada cosa» (108); *reflectir* en my mismo para sacar algún provecho» (114); «*reflytiendo* en my mismo» (115 y 194); «*refletiendo* en sí mismo» (123 y 124), «*reflectiendo* en my mismo» (237). Señala el *DECH*, s.v. *flexible*, que «ya escribió *reflectir* Juan de Mena», pero no debió de tener mucho éxito, porque precisa que Tosca, 1708, «trató sin éxito de aclimatar *reflectir*..., pero el idioma prefirió el derivado *reflejar*».

⁴⁵ «Fácilmente viene al temor filial, que es todo *acepto* y grato a Dios nuestro Señor» (370).

⁴⁶ «Todas las palabras que están *inclusas* en paréntesis» (261).

⁴⁷ Registrado una sola vez en los *Ejercicios*: 216: «En todo se guarde que no esté su ánimo *intento* en lo que come».

⁴⁸ «Quando la persona que se exercita en las cosas espirituales pone mucho rostro contra las tentaciones del enemigo, haziendo el *opósito* per diametrum» (325).

⁴⁹ Este participio aparece siempre formando sintagma con *cosa*: «Demandando cuenta a su ánima de aquella cosa *propósita* y particular» (25); «lo que yo deuo hazer acerca de la cosa *propósita* que más su alabanza y gloria sea» (180); «raciocinado a todas partes sobre la cosa *propósita*» (182); «se deue hazer deliberación sobre la cosa *propósita*» (182).

⁵⁰ Sólo se encuentra un ejemplo: 354: «Con las condiciones *requisitas* y devidas». Como tal participio no está recogido en el *DECH*. Sí aparece *requisito*, en el s. XVII, documentado en *Autoridades*.

⁵¹ Es llamativo comprobar cómo Boscán, coetáneo de Ignacio, en su traducción del *Cortesano*, actúa de modo contrario, esto es, eliminando latinismos: «Una *ancilla* es para él una «moza» o una «sierva» (M. MORREALE, *Castiglione y Boscán*, p. 70). Según esta autora, «la obra de Boscán constituye no sólo una reacción a los extremos latinizantes del siglo XV, sino un capítulo negativo del cultismo» (*Ibidem*, p. 72).

⁵² «Ymaginar así como si se asentase el caudillo de todos los enemigos en quel gran campo de Babilonia, como en una gran *cáthedra* de fuego y humo» (140).

*sión*⁵³, *espelunca*⁵⁴, *infidencia*⁵⁵, *moción*⁵⁶, *verme*⁵⁷, etc. También entre los adjetivos hay ejemplos claros de latinismos: *mansueto*⁵⁸, *motivo*⁵⁹, *periculoso*⁶⁰, *serpentina*⁶¹, *sólito*⁶², *turpíssima*⁶³, etc.

Tal vez no sea ocioso insistir en que tal actitud lingüística hay que relacionarla, en primer lugar, con el ambiente que en su juventud vivió el santo en Arévalo, ambiente cortesano pero también cultural, en el que los intelectuales, en su afán por dignificar la lengua materna, pretendían emular en el vulgar castellano el modelo ideal latino, mediante la adaptación, no pocas veces forzada, de procedimientos utilizados por los autores clásicos y, en particular, merced a una incorporación masiva de cultismos. De ahí los latinismos, a veces bárbaros, que se empedraban por doquier en las obras vulgares. Pues bien, algunos de los términos usados por Ignacio producen esa misma impresión de vocablos no asimilados.

En segundo término, hay que tener presente que la redacción de los *Ejercicios* se matiza y completa después de París. La influencia de la retóri-

⁵³ Alterna con *defensa*, cada uno de los dos términos en un único contexto: «Como el phariseo acusase a la Madalena, habla Xpo en *defensión* della, diciendo...» (283); «Teniendo ánimo prompto para buscar razones en su *defensa* y en ninguna manera en su ofensa» (361). Subraya el *DECH* que *defensa* se documenta ya en Ambrosio de Morales, pero que «más antiguamente se decía *defendimiento* o el culto y clásico *defensión*». No obstante, no aporta documentación expresa.

⁵⁴ Término que aparece una sola vez: 112: «Asimismo mirando el lugar o *espelunca* del nacimiento: quan grande, quan pequeño, quán baxo, quam alto, y cómo estaba aparejado».

⁵⁵ Término recogido sólo en un caso en los *Ejercicios*: 317: «Varias agitaciones y tentaciones, moviendo a *infidencia* sin esperanza, sin amor...».

⁵⁶ Tecnicismo bastante frecuente, pues se encuentra en 9 ocasiones: «Según la mayor *moción* racional, y no *moción* alguna sensual» (182); «quando en el ánima se causa alguna *moción* interior» (316); «proprio es de Dios y de sus ángeles, en sus *mociones* dar verdadera alegría» (329), etc. El *DECH* documenta este término en el s. XVI, subrayando su carácter culto y raro.

⁵⁷ Sólo lo hemos recogido en un contexto: 69: «Gustar con el gusto cosas amargas, así como lágrimas, tristeza, y el *verme* de la consciencia». El *DECH* precisa: «Raro y técnico es el cultismo cast. *verme*», del que no aporta datación.

⁵⁸ Cultismo usado dos veces en los *Ejercicios*: 278: «Bienaventurados los pobres de espíritu, los *mansuetos*, los misericordes...»; 291: «hirió a un siervo del pontífice, al qual el *mansueto* Señor dize: (torna tu espada en su lugar)...». El *DECH*, que recoge este término, aunque sin documentar, señala que MANSUS sustituyó al lat. cl. MANSUETUS, participio de MANSUESCERE.

⁵⁹ «No reyr, ny decir cosa *motiva* a risa» (80); «Traer a la memoria y pensar cosas *motivas* a plazer» (229); «lança lágrimas *motivas* a amor de su señor» (316).

⁶⁰ 369: «Mayormente en nuestros tiempos tan *periculosos*».

⁶¹ «Quando el enemigo de natura humana fuere sentido y conocido de su cola *serpentina* y mal fin a que induze...» (334).

⁶² Es predominante la forma femenina, en un sintagma que se repite reiteradamente a lo largo de los *Ejercicios*: la «*sólita* oración preparatoria» (101, 110, 136, 149, 159, 190, 200, 218, etc.). *Sólitos* se encuentra en un único contexto: 222: «El primero, 20 y 30 punto sean los mismos *sólitos* que tubimos en la cena de Xpo nuestro Señor». Este término con la especificación de su escaso uso, aparece documentado en el *DECH* en 1613 (Cervantes), con lo que la datación se adelanta más de medio siglo.

⁶³ «Mirarme como una llaga y postema, de donde an salido tantos pecados y tantas maldades y ponzoña tan *turpíssima*» (58). Este cultismo quizá esté potenciado por la forma superlativa del adjetivo. Sobre el uso de superlativo en *-íssimo*, como forma culta de progresiva introducción en el XVI, y el influjo italianizante, véase M. MORREALE, «El superlativo en «-issimo», *Castiglione y Boscán*, T. I, pp. 93-106.

ca y del vocabulario propio de las Escuelas va a ser definitiva. Este hecho explica el uso reiterado de ciertos términos que pertenecen al argot de los estudiantes de teología, artes, etc..., como, además de los que hemos ido señalando, la utilización de *binarios*⁶⁴, *cómodos*⁶⁵, *incómodos*⁶⁶, etc., de la misma manera que la introducción directa de voces y expresiones latinas en las páginas del famoso librito. Esto ayuda a entender también que no se encuentren cultismos pertenecientes a un registro literario, ni menos poético, sino más bien vocablos propios de prosistas, a los que hoy tal vez calificaríamos genéricamente de «ensayistas».

Los cultismos léxicos ignacianos se adscriben a diferentes áreas semánticas, pero son más abundantes en los campos técnicos que designan actividades intelectuales, filosofía, teología, antropología, y metodología espiritual. En estos ámbitos específicos sucede que, con independencia de factores ambientales, por motivos de designación y por afán de precisión terminológica rigurosa, ante una especie de preocupación acuciante por conferir a sus palabras un significado preciso y no sujeto a interpretaciones, Ignacio recurre a latinismos técnicos, algunos de los cuales hacen su entrada por primera vez en nuestra lengua. La consecuencia inmediata es, entonces, la incorporación de neologismos, como la mayor parte de los que hemos señalado anteriormente.

III. Cotejo de los cultismos de Ignacio de Loyola con algunos de Ortega y Gasset

Al llegar a este punto, permítanme Vdes. invitarles a dar un salto en el tiempo para instalarnos a fines del siglo XIX y comienzos del XX. Por esta época, el escritor Ortega y Gasset, como miembro de una generación de pensadores de formación profunda y europeizante, consciente de su prestigio intelectual, pretendía dignificar el español y hacerlo apto para la expresión filosófica, haciendo del ensayo el género idóneo para expandir ideas e influir en la sociedad.

De su biografía, interesa para nuestro propósito destacar sus estudios de bachillerato en el colegio de los jesuitas de Miraflores del Palo (Málaga)⁶⁷ y más tarde, el curso preparatorio en la universidad de Deusto⁶⁸, en régimen

⁶⁴ Ignacio dedica toda una meditación a los tres *binarios*: «El primer preámbulo es la historia; la qual es de tres *binarios* de hombres» (150), que en la *Versio vulgata* (= V) se traduce por «tribus hominum *classibus distinctis*» y en la (= P2) por «tres *dispositiones* hominum». La *Versio Prima*, más cercana al original castellano, trae «tres *binarios* hominum».

⁶⁵ Empleado como sustantivo: «Considerar, raçiocinando, cuántos *cómmodos* o prouechos se me siguen con el tener el offitio o beneficio propuesto» (181); «mirar los *cómodos* y prouechos en el no tener» (181). *Cómodo* se documenta por 1.^a vez en Valdés (1535) y es también evitado por Boscán (Cf. M. MORREALE, *Castiglione y Boscán*, T. II, «Glosario negativo», pp. 63-64).

⁶⁶ También usado como sustantivo: «Por el contrario, considerar assimismo los *incómodos* y peligros que ay en el tener» (181); «y asimismo, por el contrario, los *incómodos* y peligros en el mismo no tener» (181).

⁶⁷ Para los pormenores de los estudios de Ortega, profesores, calificaciones, rangos obtenidos de acuerdo con el Plan de estudios propio de la Societatis Iesu, cf. J. IRIARTE, *Ortega y Gasset. Su persona y doctrina*, Madrid, Ed. «Razón y Fe», 1942, pp. 23-27, libro cuya consulta me ha sido accesible gracias a la amabilidad del profesor R. SENABRE.

⁶⁸ Cf. J. IRIARTE, *Ibidem*, pp. 28-30.

de internado en ambos centros. Entonces tuvo ocasión de conocer —y de hecho contamos con testimonios escritos del propio Ortega— la figura de Iñigo de Loyola⁶⁹, la peculiaridad espiritual de la Compañía de Jesús⁷⁰ y los propios textos ignacianos, particularmente los *Ejercicios*⁷¹, que no es arriesgado aventurar realizara preferentemente durante su estancia en el colegio malagueño. No parece, por tanto, descabellado presumir que estas obras dejaran también cierta huella lingüístico-literaria⁷² en la sensibilidad del joven estudiante en búsqueda de un estilo personal⁷³.

De la amplitud cultural de Ortega sólo queremos extraer un dato: su gran preparación en lenguas clásicas, iniciada justamente en el colegio de los jesuitas⁷⁴ y perfeccionada durante su estancia en Alemania⁷⁵, que a punto estuvo de arrastrarle a la especialización filológica en Latín y Griego. «La

⁶⁹ Así en la obra de ORTEGA Y GASSET hay alusiones a rasgos de su carácter: «[VALLE INCLÁN] adora los *hombres solos que hacen huir, como Ignacio de Loyola, una calle de soldados, y desprecian a los villanos*» («La “Sonata de estío” de don RAMÓN DEL VALLE INCLÁN», en *Obras completas*, I, Madrid, Revista de Occidente, 1946, p. 23). Tampoco faltan las de ciertos episodios de la biografía ignaciana: «Cuando *Ignacio de Loyola, dudando entre si volvería a zarandear al moro aquel blasfemo de la Virgen o continuar su jornada a Manresa*, dejó la decisión a la mula que cabalgaba, quiso darnos lo que se llama un ejemplo negativo, y era como decirnos: «No hagáis nunca lo que yo ahora hago: que en vuestros actos no decida nunca vuestra mula» («Renán», III, «La libación», *Obras Completas*, I, p. 457. Los subrayados son míos).

⁷⁰ Y, de hecho, reflexionó sobre ella y sobre la espiritualidad de su entorno temporal: «Y el enemigo del protestantismo, *San Ignacio de Loyola, creará para combatirlo una Orden al revés que las tradicionales...* Los jesuitas... parten de la otra vida para ocuparse de ésta, para batallar en la mundanidad y con preferencia allí donde lo mundano es más denso —las cortes, las escuelas, la política. *Es la 1ª Orden moderna* y trae todos los síntomas de la nueva vida cismundana. Por eso, su organización toma como modelo precisamente el instituto más secular que existe, el más remoto del misticismo: el ejército. *La Compañía de Jesús es un tercio castellano a lo divino*» («En torno a Galileo», XII, *Obras completas*, V, p. 156. Los subrayados son míos). Agradezco al profesor SENABRE las precisas referencias ignacianas proporcionadas.

⁷¹ Que no se trataba de un conocimiento superficial lo muestran las siguientes afirmaciones: «Cuando *un español genial* intenta detener la desbandada mística que significó el Protestantismo, encuentra en sus hábitos de guerrero el remedio y funda una «compañía», cuya educación y régimen provienen de unas «ordenanzas» morales, *que llamó con vocabulario de capitán, «Ejercicios espirituales». Allí está la famosa meditación de «Las dos banderas», que parece pensada junto a la tienda de campaña en un alborar rojizo de cruenta jornada*» («La interpretación bélica de la historia», *Obras Completas*, II, p. 527. Los subrayados son míos).

⁷² Por ejemplo, en la concepción de la vida como lucha o combate, destacada por R. SENABRE como característica de Ortega, desencadenante de numerosas metáforas e imágenes (Cf. *op. cit.*, pp. 174-178), creemos hallar ecos ignacianos, como cuando afirma que «vivir es, en un esencial sentido... alistamiento bajo banderas y disposición al combate» (*Obras Completas*, III, p. 163), o cuando considera la existencia «como un servicio militar de tierra y cielo» (*Obras Completas*, VI, p. 31).

⁷³ Cf. J. A. PASCUAL, «Las ideas de Ortega sobre el lenguaje», en R. SENABRE (Ed.), *El escritor Ortega y Gasset*, Cáceres, 1985, donde afirma su preocupación por el estilo: «Las ideas que el genial estilista español expuso sobre una nueva lingüística son en realidad una defensa de la actitud consciente y vigilante hacia la lengua, que nuestro escritor compartía con quienes centraban su interés en el estilo» («Ibídem», p. 72).

⁷⁴ Aprendió con el P. Coloma el griego y el latín en clases extraordinarias. Cf. J. IRIARTE, *op. cit.*, p. 26.

⁷⁵ Cf. los testimonios epistolares del propio Ortega, recogidos por R. SENABRE (Ed.), José Ortega y Gasset, *Espíritu de la letra*, Madrid, Cátedra, 1985, p. 23, nota 13.

frecuentación de la lengua y literatura latinas no sólo produjo en Ortega un poso ideológico, sino que alcanzó a grandes zonas de su estilo y de su lengua que aparece siempre, aun a la mirada menos atenta, *salpicada de abundantes y variados cultismos*», como mostró el profesor Ricardo Senabre⁷⁶.

Efectivamente, en su deseo de ensanchar y profundizar los cauces de la banalizada prosa española y de adensar su contenido, Ortega va a concentrar sus esfuerzos, más que en la sintaxis, en el léxico, al que quiere elevar «a la altura de los tiempos» y cuyo caudal va a incrementar por variadísimos procedimientos⁷⁷. Entre todos ellos destacamos la introducción de numerosos cultismos y la creación de neologismos mediante morfemas derivativos de origen latino y nivel elevado. En el manejo de estos recursos es evidente el conocimiento de las leyes del sistema y su aprovechamiento al máximo, con la finalidad de enriquecer y dotar de posibilidades de abstracción semántica al vocabulario español.

Pues bien, un repaso a los términos cultos seleccionados por el profesor Senabre como característicos de la lengua de Ortega nos depara la sorpresa de una llamativa coincidencia entre sus elecciones léxicas y las establecidas por Ignacio de Loyola cuatro siglos antes. Así, si éste último acuña en los *Ejercicios* al término *espelunca*⁷⁸ para referirse a la gruta o portal de Belén, Ortega hablará del «vientre hoy violado de la *espelunca*» para aludir a la cueva de Altamira⁷⁹. Ambos escritores, desde luego, tienen en común su valoración del latín y su perentoria necesidad de precisión, lo que les arrastrará al uso de tecnicismos, formas extremas donde «la palabra expresa un máximo de idea y un mínimo de emoción»⁸⁰. Veamos algunos ejemplos.

Entre los sufijos nominales preferidos por el ilustre novecentista, destaca el sufijo *-encia*⁸¹, que le sirve para formar *latencia*, *obliviscencia*, *pulverulencia* o *senescencia*, pero también *infidencia*, término éste que se halla por primera vez, como hemos señalado, en los *Ejercicios*⁸². De la misma manera, el sufijo *-ción*, muy querido, como hemos apuntado antes, de Ignacio, le será útil para crear *cogitación*, *dilección*, *dilectación*, *diputación* y análogamente, entre otros muchos, *dubitación*, que aparece por vez primera en Íñigo de Loyola, quien, especialmente cuando analiza el tema de la 'elección', hace surgir un campo léxico a partir del latino DUBIO: *dubitación*, *dubitar*⁸³, etc., al que Ortega por su cuenta añade *dubitador* e *indubitable*.

⁷⁶ R. SENABRE, *op. cit.*, p. 59. El subrayado es mío.

⁷⁷ Una enumeración de estos recursos, posteriormente analizados y desarrollados, es ofrecida por R. SENABRE en *Lengua y estilo de Ortega y Gasset*, Salamanca, Universidad, 1964, p. 36. Puede verse también la sistematización de recursos léxicos, basada en ejemplos tomados de Ortega, que realiza L. LÓPEZ MOLINA, «Hacia una semántica general de las lenguas románicas», *Actes et Colloques du X^e Congrès International de Linguistique et Philologie Romanes*, Paris, Klincksieck, 1965, pp. 113-123.

⁷⁸ J. A. PASCUAL, *art. cit.*, p. 65.

⁷⁹ El *DECH* documenta este término hacia 1600 (Sigüenza, Ribadeneira), por lo que se adelanta la datación medio siglo. No deja de ser significativo el empleo de esta voz por parte del biógrafo de san Ignacio.

⁸⁰ *Obras Completas*, II, p. 445. Cf: R. SENABRE, *Lengua y estilo de Ortega y Gasset*, p. 191.

⁸¹ Cf. R. SENABRE, *Ibidem.* p. 57.

⁸² Cf. nota 55.

⁸³ Cf. nota 40.

Entre los sustantivos derivados de adjetivos, originados mediante el sufijo *-dad*, sobresale *periculosidad*, cuya base léxica —*periculoso*— se encuentra registrada en un único caso en los *Ejercicios*⁸⁴.

Existe también un paralelismo entre el uso de participios fuertes absolutos latinos, «de los que resulta difícil hallar ejemplos en la prosa española a partir de los siglos XV y XVI» —en palabras de R. Senabre⁸⁵—. Así, en Ortega se halla *concluso*, *insoluto*, *inexpreso*, *resurrecta*, y también *incluso*, participio cuya forma femenina es anticipada ya por Ignacio⁸⁶.

Pero tal vez sea en la clase léxica adjetiva, la más rica —neológicamente hablando— de Ortega, donde las concomitancias son más significativas. Al lado de *eviterno*, *ignaro*, *ignoto* y *jocundo* hallamos *mansueto*, que es introducido por Íñigo en los *Ejercicios* —por tanto documentado por primera vez en nuestra lengua— y empleado en lugar de *manso*⁸⁷. Finalmente, para no hacer en exceso larga esta lista, señalaremos el uso del adjetivo *sólito*, muy utilizado por Ortega y habitual en Ignacio hasta el punto formar un auténtico cliché en los *Ejercicios*: la «*sólita* oración preparatoria»⁸⁸.

Un último rasgo tipificador del léxico orteguiano es su tendencia a rescatar un significado etimológico no necesariamente clásico; curiosamente, los ejemplos aducidos por el profesor Senabre son absolutamente ignacianos: *ponderar*, «pesar», «evaluar»⁸⁹: 57: «*Ponderar* los pecados, mirando la fealdad y la malicia que cada pecado mortal cometido tiene en sí»; 234: «*ponderando* con mucho afecto cuánto ha hecho Dios»⁹⁰; *acostarse*, «acercarse»⁹¹: «En la oración preparatoria, *acostándome* más a la Santísima Trinidad con mayor quietud o serenidad espiritual»⁹².

No quisiéramos terminar este breve cotejo sin apuntar, cuando menos, otra característica del estilo Ortega, que hemos visto también era rasgo habitual y casi obsesivo de Ignacio de Loyola: su predilección por las bimembraciones, estructuras léxicas binarias, preferentemente sinónimas o quasi-sinónimas, que confieren un ritmo lento y pausado a la prosa⁹³.

Para concluir, quisiéramos subrayar que la lengua de Ignacio corresponde —con un ligero desfase debido a su alejamiento del solar patrio y a su propio ideario lingüístico— a una etapa histórica de transición en la que la

⁸⁴ Cf. nota 60.

⁸⁵ R. SENABRE, *Lengua y estilo de Ortega y Gasset*, p. 63.

⁸⁶ Cf. nota 46.

⁸⁷ Cf. nota 58.

⁸⁸ Cf. nota 62.

⁸⁹ En el *DECH* se señala esta acepción, que fue la originaria para este término, datado por primera vez en 1539, en ANTONIO DE GUEVARA, por tanto rigurosamente coetáneo de ÍÑIGO DE LOYOLA. También el *Diccionario de Autoridades* [Madrid, Gredos, 1984] recoge este significado, así como el de «examinar, considerar y pensar, con particular cuidado, atención y diligencia, alguna cosa», que encajaría aún más en los contextos ignacianos.

⁹⁰ En este caso el sentido puede ser el reseñado, aunque se insinúa ya el deslizamiento semántico hacia la tercera acepción recogida por *Autoridades*: «exagerar y encarecer una cosa».

⁹¹ Según el *DECH*, la acepción «acercar», «arrimar» fue frecuente en el siglo XV. También en este sentido es recogida por el *Diccionario de Autoridades*.

⁹² Para el *Diario Espiritual*, nos hemos servido de la edición de las *Obras Completas* realizada por IGNACIO IPARRAGUIRRE y CÁNDIDO de DALMASES, Madrid, BAC, 1982.

⁹³ Cf. R. SENABRE, *Lengua y estilo de Ortega y Gasset*, pp. 92-100, donde analiza diferentes tipos de estructuras binarias.

tendencia a la imitación de los modelos latinos, en los estamentos cultos castellanos, no ha sido atemperada aún por la naturalidad, sencillez y elegancia preconizadas por las nuevas normas renacentistas. Este hecho explica la inclusión de frases, giros y expresiones totalmente latinas en las obras del Fundador de la Compañía así como la introducción de latinismos léxicos. Éstos surgen en las obras ignacianas no por una concesión al ornato o al embellecimiento de la expresión literaria, sino por una auténtica necesidad de precisión y como consecuencia de su formación retórica, escolástica y filosófica, universitaria en fin. No es de extrañar la afinidad con ciertas manifestaciones de las ideas lingüísticas de otro escritor, Ortega y Gasset, de gran preparación cultural, filosófica y clásica, preocupado por hacer de la prosa española un instrumento dúctil, noble y preciso, como un factor más de la modernización y europeización que la cultura y sociedad española de su momento reclamaban. Y resulta plausible que en su preocupación por el estilo⁹⁴ y en la búsqueda filológica de términos cultos rescatara algunos creados cuatro siglos antes por el fundador de una Orden, volcada en la enseñanza, en cuyo seno comenzó a vivir las primeras inquietudes intelectuales.

⁹⁴ «Lo que propone, so capa de una nueva lingüística, es una defensa de una manera de escribir preocupada por el estilo» (J. A. PASCUAL, *Art. cit.*, p. 78). Cf. igualmente J. MARI-CHAL, «La singularidad estilística de Ortega», en *La voluntad de estilo*, Madrid, Revista de Occidente, 1971, pp. 207-217.